

tinente americano, y no conservar más que las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la meridional, á fin de que nos sirva como de escala ó depósito para el comercio español.

“Para llevar á cabo este gran pensamiento, de una manera digna de España, es preciso establecer tres infantes en América, uno como Rey de México, otro como Rey del Perú y el 3º como Rey de Costa Firme, tomando V. M. el título de Emperador de las Indias.

“Las consideraciones de esta grande cesión deberán ser que V. M. y los príncipes que ocuparán el Trono español, en clase de sucesores de V. M., sean siempre reconocidos por los nuevos reyes como jefes supremos de la familia.....”

Creiendo la época oportuna, ya desde 1823, Mr. de Chateaubriand, trabajaba con ahinco para la implantación de una Monarquía franco-española, y hasta llegóse á designar para el puesto de Monarca, en la Argentina, al Duque de Orleans.

Habiendo abandonado el autor de *Atala* y *los Mártires* su elevado puesto en el Gobierno de la Francia, lo sustituyó Mr. de Villèle, quien se propuso realizar el Plan de Iguala, comisionando para el efecto al Marqués Crouy Chanel para que negociara con Fernando VII, á fin de que éste consintiera en que fuera Emperador de México el Infante Don Francisco de Paula. El Monarca ibero no aceptó la combinación.

Coincidió con este proyecto la conspiración descubierta en México el año 1827, y llamada del Cura Arenas, la cual tenía por objeto restablecer el dominio español en la Nueva España: el eclesiástico referido y otro más que aparecía complicado, fueron fusilados.

Parece que por entonces, los monarquistas abandonaron sus proyectos de monarquía, hasta el año 1840 en que el célebre Gutiérrez Estrada dirigió al Presidente de la República, General D. Anastasio Bustamante, una carta que salió á la publicidad, y en la que recomendaba el negocio; carta que encontró una repulsa completa por parte de la opinión pública, tan completa, que el signatario de ese documento tuvo que huir al extranjero, expatriándose y fijando su residencia en Europa, donde continuó sus depravados trabajos hasta verlos triunfantes en 1863, que presidiendo una Comisión de traidores tuvo la singular complacencia de ofrecer á Maximiliano, en

su residencia de Miramar, la corona del Imperio mexicano, según veremos en su oportunidad.

En 1845, el General Don Mariano Paredes y Arrillaga, que desde hacía mucho tiempo (el año 1832) abrigaba la convicción íntima de que el establecimiento de un Trono, salvaría á México de la anarquía y de la ambición de los Estados Unidos, se pronunció, como era uso y costumbre en esos malhadados tiempos, contra el Gobierno existente: triunfante ese movimiento, netamente retrógrado, con la circunstancia agravantísima de que las tropas con que lo verificó, estaban destinadas para combatir contra el ejército de los Estados Unidos del Norte, que acababan de declarar á México la más injusta de las guerras, Paredes se hizo elegir Presidente por una ridícula Junta de Notables, y bajo los auspicios del Poder, cobró nuevo brío el partido monárquico conservador y se dedicó á la propagación de sus doctrinas, fundando para el efecto y como base primordial de sus trabajos, un periódico intitulado “El Tiempo,” que mucho llamó la atención por sus ideas atentatorias á la soberanía nacional, y por su descaro al exponerlas, siendo el director de esa publicación el funesto Don Lucas Alamán, que insertó en él de toda preferencia, la Memoria del Conde de Aranda, de que llevamos hecha mención.

En esta vez el candidato para el Trono lo era el Infante Don Enrique, hermano del esposo de la Reina de España, en cuyo país el proyecto encontró una benévola acogida; mas la caída de Paredes y los sucesos de la guerra americana, que absorbían la atención pública, dieron al traste con la tal combinación.

En 1856 el partido monárquico envió de México á dos individuos *respetables* para que ofrecieran el Trono al Duque de Montpensier, quien, sin rechazar la proposición, hizo algunas observaciones que pusieron de manifiesto su *prudencia* y *circunspección*.

“En esta época, refiere Hidalgo, á pesar de nuestra modesta posición oficial, empezamos á tomar una parte más directa y aun la iniciativa, aprovechándonos de cuantas ocasiones se nos presentaron para hablar en favor de nuestra idea.....; lo repetimos, no teníamos ilusiones de que la Europa nos ayudase del modo único que podía dar un resultado positivo, cual era una Intervención extranjera que restableciera el orden material, y diese las garantías necesarias para que la gente de orden pudiese con sosiego decir la forma de gobierno que prefería.....”

"Nuestras opiniones personales tuvieron bien pronto un apoyo inesperado con la entrada en el Poder del General Zuloaga, que nombró un Ministerio conservador, el cual pidió oficialmente á la Europa que interviniese en nuestros asuntos, antes de que la nacionalidad acabase de desaparecer de una sociedad próxima á desmoronarse."

Almonte, que representaba al Gobierno reaccionario cerca de la Corte de las Tullerías, y que había sido acogido perfectamente por el César francés, trabajó con empeño en esta obra nefanda: el Ministro con quien entró en pláticas, deploraba la situación de México, sin ocultar sus simpatías por él; pero para tomar una resolución decisiva, exigía la cooperación de la Inglaterra, para poner, *dizque* á cubierto, su conducta, y probar "que no abrigaba ninguna mira ambiciosa, ni que tampoco seguía una política de aventuras."

El representante de México en Londres, Sr. Murphy, hacía iguales gestiones cerca del Gabinete de San James, el cual pedía para obrar, la cooperación de los Estados-Unidos; y á la sazón, el mismo Hidalgo presentó una carta á Calderón Collantes, Ministro de Estado de S. M. C., en la que, entre otras cosas, le decía, "que la España en su calidad de potencia que poseía colonias en América, y como representante genuino de la raza española que allí habita, debía promover, que en el Congreso europeo que había convocado y que iba á reunirse para resolver la cuestión de Roma, se tratase de la cuestión de América, ó bien entenderse directamente con la Francia y la Inglaterra para invitar á los Estados Unidos á establecer un protectorado en México, y que éste fuera colectivo."

"Que los Estados-Unidos, proseguía, no podían alegar razón ni

1 El 28 de Enero de 1861, acabando de triunfar el Gobierno constitucional, ordenó el Presidente Juárez por conducto del Ministro de Relaciones, que Almonte, recientemente dado de baja como General en el Ejército mexicano, hiciera entrega inmediatamente al Secretario Ocegüera, de los archivos de la Legación que por nombramiento reaccionario había tenido á su cargo últimamente, quedando á la vez separadas de todo empleo ó comisión en servicio de la República, todas las personas que servían al lado de aquél (Don José Hidalgo y Don José Algara), "cuya conducta, especialmente la del primero, ha merecido y merece, decía el Sr. Zarco, la expresa desaprobación del Supremo Gobierno de la República."

Que Almonte quedaba separado de todo cargo, empleo ó investidura pública en servicio de la Nación, sin que ello obstara al debido enjuiciamiento en su contra, en el tiempo y forma correspondientes, por las responsabilidades que le resultaren.

derecho que justificara su resistencia para dejar que el Occidente europeo tomara parte en un acto de tanta trascendencia, y que también le interesaba. Así podrá la España, agregaba, *asegurar de nuevos ataques é insultos* á sus posesiones de América, y prestar un gran servicio á sus hermanos de aquel Continente."

Al Gobierno de Zuloaga siguió el del General Miramón, cuyo Ministerio repitió á sus representantes de París y Londres las instrucciones del anterior sobre Intervención extranjera, y el segundo escribió confidencialmente á Gutiérrez Estrada, que se hallaba establecido en Roma, *para que trabajase también en el mismo sentido*. "Esto, añade un juicioso é ilustrado escritor, puede servir para apreciar en su verdadero valor el significado de la Intervención amistosa que durante la Guerra de Reforma ofrecieron varias veces los ministros de Inglaterra, Francia y España en México."<sup>1</sup>

En 1861, victorioso el partido liberal, se trató de ofrecer el Trono de México al Duque de Módena, que acababa de perder sus Estados; pero un diplomático inteligente, conoedor de las ideas del Duque, disuadió de tal empresa á los autores del pensamiento, en virtud de las razones poderosas que les expuso.

"Por su parte, concluye Hidalgo, el partido conservador en México dirigía sentidas exposiciones al Emperador Napoleón y al Go-

1 Refiere Arrangoiz, que durante la permanencia de Miramón en París el año 1861, fué objeto de grandes consideraciones por parte de Napoleón, y visitado por el Duque de Morny, tratando de atraerle á los proyectos del Emperador, que no eran otros, según el historiador citado, que los de obtener para Francia el Estado de Sonora y la Baja California.

Que después de firmada la Convención de Londres, Miramón pasó á Madrid, en donde asistió de gran gala á una solemnidad; y al entrar en el Palacio de Doña María de Aragón, acompañado de oficio de un ayudante del Marqués del Duero, fué objeto de la atención general, y cumplimentado en su tribuna por este personaje.

Asistió á un gran banquete con que lo obsequiaron algunos españoles y varios mexicanos residentes en la Península, y visitó al Duque de Tetuán, Presidente del Consejo; y, por último, un periódico afirmó que iba á salir para México á ponerse al lado de los buenos patrios que defienden allí la causa de la sociedad, tan luego como hubiese saludado á la Reina de España.

Más adelante refiere el mismo Arrangoiz, que en una conversación tenida entre el Duque de Morny y Miramón, éste no aprobó los planes de absorción de una parte del territorio mexicano, como pretendía el déspota de las Tullerías, y agrega el referido historiador, "Tal vez fuera esta conversación la causa del desvío con que el Gobierno francés trató después á Miramón, á pesar de haber sido Presidente, PEDIDO LA INTERVENCIÓN y ser Jefe de los conservadores."

bierno inglés, pidiendo la protección de sus naciones para salvar al país de la disolución que le amenazaba; y muchas de las dignas personas que firmaron esas exposiciones han prestado, en estos últimos tiempos, distinguidos servicios y mostrado mucha inteligencia y patriotismo."

Respecto de Santa-Anna, de ese hombre tan funesto para México, de ese tráfuga de todos los partidos, documentos recientes publicados en el Diario del llamado Imperio, patentizan "que el Ex-dictador dió á Don José María Gutiérrez Estrada, en 1º de Julio de 1854, siendo Presidente de la República, su autorización reservada para que entrara en arreglos con las Cortes de Londres, Paris, Madrid y Viena, á fin de alcanzar de esos gobiernos ó de cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las castas dinásticas de esas potencias.

"Un segundo documento es una carta de Santa-Anna al dicho Gutiérrez Estrada, de fecha 15 de Octubre de 1861, en la que le urgía para que cuanto antes se sustituyera "á esa farsa llamada República, un Imperio constitucional," reparándose los males causados por la demagogia, y vengándose tantos ultrajes sacrílegos.

"El tercero es otra carta del mismo personaje al propio Gutiérrez Estrada, de 30 de Noviembre de 1861, en la que decía haberle causado un gozo indecible las noticias de la candidatura del Archiduque Fernando Maximiliano, y de la venida de las fuerzas aliadas.

"Y el cuarto y último, es una carta de Santa-Anna á Maximiliano, de fecha 22 de Diciembre de 1863, comunicándole que su alma había rebozado de contento al saber que aquél había sido llamado al trono de México, asegurándole que su adhesión á tan augusta persona no tenía límites, y pintándole la elección hecha por la "Junta de Notables," como la expresión del voto de una inmensa mayoría de la Nación mexicana.

"Este partidario acérrimo de la monarquía ha cambiado de opinión por la milésima vez. Hoy vuelve á ser un decidido republicano, enemigo mortal del Archiduque austriaco, á quien prodigó antes las más serviles adulaciones."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Iglesias.—Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México Tomo 3º, páginas 654 y 655.

El 21 de Mayo de 1866, dirigió al Sr. Romero, nuestro ministro en Washington, una carta en que, después de ofrecer sus servicios para la defensa de la patria, entraba en una serie de falsedades, alegando que se presentaba como el llamado á reconciliar los elementos nacionales; que no había llegado el día de que se le juzgara con la imparcial justicia de la historia; que abandonó el poder público voluntariamente, cuando contaba con valiosos elementos para sostenerse; que se envanecía en haber sido el primero que proclamó la República en 1822, y que hoy, dice, "mi propósito se reduce á cooperar á la reinstalación del gobierno republicano en la capital de México, y á ver al pueblo en aptitud de reorganizarse libremente por medio de sus representantes."

El Ministro Romero le contestó en términos dignos y convenientes; pero antes de que Santa-Anna recibiera esa contestación había lanzado un extenso manifiesto que dijo tenía por objeto justificar, aunque de manera torpe, la punible conducta del Ex-dictador.

De la refutación de este audaz y cínico escrito se encargó el Club mexicano de Nueva York, declarando y protestando: que no veía en Santa-Anna más que el odioso tirano que traicionó la causa de la Independencia nacional, abusando del poder público; que su solo nombre bastaría para manchar la noble causa que sostenía el pueblo mexicano, y para impedir la consolidación de las instituciones liberales; que la Nación no podía tener fe en el perjuro que siempre la había engañado; y que si llegara á verle en el territorio de la República, debería reclamar que en obsequio de la ley, en desagravio de la moral pública y en acatamiento á la justicia, se le sometiera á juicio, y ejemplarmente se le castigara como reo de alta traición.

"Incontrovertibles son en efecto, dice el Sr. Iglesias, las acusaciones que la historia ha recogido ya contra el Ex-dictador. Su versatilidad y mala fe han pasado á proverbio. Con él ha sucedido lo que acaba siempre por suceder con los que sirven y se sirven de todos los partidos, obrando sin conciencia y sin moralidad; es decir, que en cierta época llegan á ser despreciados por todos. Santa-Anna ha visto desechadas sus ofertas á la vez por los intervencionistas y los anti-intervencionistas. El Gobierno republicano no ha aceptado sus servicios; Maximiliano ha mandado secuestrar sus bienes."

A su vez el Dr. Miranda, el constante perturbador del orden público, el enemigo jurado de la libertad y las instituciones democráticas, dirigía á Márquez desde la Habana una carta, de fecha 22 de Noviembre de 1861, en la cual y en substancia lo invitaba á que se adhiriera á la Intervención extranjera, la cual, según la *sutil perspicacia* del eclesiástico susodicho, no abrigaba la menor aspiración de conquista, ni la de rebajar en lo más mínimo la independencia de la Nación, sino que sus deseos, ó más bien, los objetos que se proponía, eran: buscar una satisfacción de los agravios, justos ó injustos, que creía haber recibido de los mexicanos, y asegurar para lo por venir los intereses y las personas que la Europa tenía comprometidos en nuestro país.

Según el referido doctor, siendo la Intervención un hecho consumado y por lo tanto ineludible, había que aceptarla á efecto de procurar que á su sombra y con su auxilio México se constituyera sólidamente, "pues de lo contrario, había que resignarse á perecer bajo el bárbaro partido que representaba Juárez, ó ser presa, tarde ó temprano, del Norte."

Márquez contestó por medio de una extensa carta, en la cual, después de hacer su panegírico como Jefe de la reacción, concluía, como es de suponer, aceptando la invitación; pero hombre práctico en cuestiones políticas, y un tanto conocedor de los hombres y de las cosas, hacía reflexiones oportunas, pues aunque según dice en su Manifiesto publicado en Nueva York el año 1868, la carta del padre Miranda tenía por objeto noticiar la intervención, cuyo objeto principal era el de unir á los mexicanos bajo un gobierno de orden, él contestó, haciendo reflexiones sobre los males que ella ocasionaría á México, al que se debía dejar en libertad para que arreglara por sí mismo sus negocios, protestando oponerse á todo lo que "atacase su independencia, menoscabase sus derechos, ó mancillase su decoro."

Un poco más adelante, y con fecha 10 de Marzo de 1862, dirigió al General Almonte una carta desde la hacienda de Temisco, en la cual, después de felicitar á éste por su llegada al país, cuyo arribo había de cambiar la fase de la intervención, que según parecía "había extraviado el sendero que le trazaron las naciones de Europa," decía en dos de sus párrafos:

"Nadie está conforme con que se realicen las conferencias de la Soledad promovidas por Doblado. Sería bueno que no tuvieran efecto, pero si no hay remedio, al menos debe arreglarse que concurren á ellas también, dos personas en representación del Gobierno de Tacubaya, que bien podríamos ser, el Sr. Dr. D. Francisco Javier Miranda, con su carácter de Ministro de Relaciones, y yo como General en Jefe del Ejército, y como Jefe de la reacción, porque de este modo, al menos la parte sana del país tendría quien defendiera su justicia en su respetable Tribunal, en que va á decidirse la suerte de los mexicanos.

"Bien comprendo que para nada hago falta en la Junta, porque basta el Sr. Ministro de Relaciones, cuya vasta capacidad llena el objeto; pero yo quisiera concurrir por tener el gusto de poner en evidencia á D. Manuel Doblado, descubriendo su perfidia y su mala fe."

Como puede colegirse de la lectura de los párrafos transcritos, Márquez se consideraba nada menos que el representante *neto de la parte sana de la sociedad*, y por lo tanto, su más competente paladín; y su principal anhelo al concurrir á las juntas á que alude, no era otro, según asevera, que *poner en evidencia la perfidia y mala fé de Doblado*, el hábil diplomático que en la terrible época de la expedición de la carta citada, acababa de prestar un señalado servicio á su patria angustiada, desbaratando con su talento esclarecido y con su patriotismo acrisolado, la formidable liga tripartita, según veremos después.

Y con ese coloso de la diplomacia mexicana quería medirse D. Leonardo, el *héroe laureado* de Tacubaya, el asesino de Ocampo, el odioso y repugnante corifeo de la reacción.....

